

La creación humana del lenguaje

La Creación y el Mundo de las Esencias

Crear es comunicar el ser total a partir de la nada, *ex nihilo sui et subjecti*; es hacer que un ente comience a ser desde la nada de sí y desde la nada de algo anterior preexistente a él. En ése su sentido más estricto, la creación es un acto que corresponde sólo a Dios, cuya potencia infinita es la única capaz de comunicar en esas condiciones al ser a una esencia. De aquí que, a diferencia de las causas eficientes creadas que sólo pueden transformar o hacer cambiar de forma a las cosas, hacerlas pasar de un modo de ser a otro, de una forma o acto esencial a otro, la Causa divina confiere el acto de ser total a una esencia, que antes realmente no era.

Identificadas en el acto puro de ser de Dios la Perfección y la Bondad, la Esencia Divina es un modelo necesario de infinita perfección y, como tal, no puede dejar de fundar en Sí Misma infinitos modos finitos capaces de imitar su propia perfección. Tales esencias o participabilidades de esta manera fundadas no son algo real preexistente a la cosa creada sino una mera capacidad o posibilidad de recibir el acto de ser creador, concebida en la mente divina al modo de una idea. Poseen una realidad metafísica que las hace más que la nada, que no puede llegar a ser, pero menos que el ser real, pues por sí mismas carecen de acto de ser. Como el Ser o Perfección de Dios en su Infinitud comprende todo ser o perfección, no hay ser alguno finito fuera de Dios, ni siquiera un ser meramente posible, que en su esencia y acto de ser no esté identificado –no formal, sino *eminentemente*, es decir, en lo que de ser encierra, sin su formalidad o *talidad finita propia*– con el Acto puro y que, consiguientemente, no este entendido ni dicho por el Verbo divino. El Entender divino en su Ser o Verdad entiende y dice todo ser y verdad finita, eminentemente identifica con Él. De aquí que nada haya de ser –en Dios o fuera de Él– que no sea verdad o inteligible y que no esté entendido o pronunciado en acto en su Verdad. Para el Verbo de Dios, ningún ser es ininteligible, ningún ser escapa a su luz de-velante, está siempre por Él nombrado con su propio nombre o esencia, con su palabra constitutiva, desde toda la eternidad.

De la Palabra originaria en las cosas

La identidad de Ser y Entender en Dios, que eminentemente se identifica con todo ser, que por eso es verdadero o inteligible y además entendido por el Verbo de Dios, ha sido descrita de una manera extraordinariamente hermosa y poética en el Libro del Eclesiástico; así también en el de la Sabiduría y en el Prólogo del Evangelio de San Juan. Por la Revelación Cristiana, sabemos que el Verbo o Palabra en Dios es personal, constituye una Persona divina, la Segunda de la Trinidad. Toda la infinita y simple Realidad divina del Padre está expresada infinita y exhaustivamente por la Segunda Persona de la Trinidad, por el Verbo o Palabra que la dice y que, por eso, en frase de San Pablo, es la *Imagen de Dios*.

Palabra equivale a *expresión*: la expresión verbal de un concepto o idea, o la expresión conceptual misma del ser o realidad de las cosas, y también la expresión real o constitución misma del ser, que equivale a su inteligibilidad o verdad con él identificada.

De este modo, las cosas son porque Dios las piensa y dice necesaria y eternamente. La Palabra Divina está pronunciando siempre, en lo más íntimo de cada ser, su nombre esencial, su verdad constitutiva. Cada esencia es como un eco de la voz del Verbo o Palabra divina, que eternamente la está expresando y dando realidad. Las esencias posibles, que se imponen a nuestra inteligencia como modos capaces de existir, lógicamente no contradictorios en sus notas esenciales y dependientes en su existencia de una causa exterior proporcionada, también posible, suponen y se fundan en el Acto de Ser y son constituidas por el Verbo divino al contemplar ese modo de ser particular por vía de casualidad ejemplar. Son como efectos causados por la Divina Inteligencia y el hecho de que sean esencias, aun como posibles, prueba la Existencia pura de Dios, sin la cual carecerían de ese término esencial que es la Existencia, en orden al cual están constituidas. En cuanto la esencia es un objeto inteligible, un conjunto de notas que expresan una verdad, implican una Inteligencia capaz de expresarla y causarla como verdad o módulo finito inteligible. Sin el Acto de Ser como causa ejemplar, la esencia o modo capaz de existir perdería su sentido y no podría ser, ni siquiera ser pensada.

Si la esencia es eco, pensamiento o palabra dicha en lo más íntimo de las cosas y la existencia es el acto que confiere realidad a la misma, el don del Amor infinito de Dios, que irradia y hace partícipes de su Bondad a otros seres, debemos concluir que la palabra o pensamiento constitutivo de las cosas *se hace realidad en si en cuanto es amada*. El Amor de Dios comunica y confiere libremente acto o realidad a la verdad dicha por su Pensamiento en las cosas.

A cada ser Dios le dio su nombre o esencia, lo pronunció con su Verbo como tal modo o medida capaz de participar de su divino Acto de Ser. San Agustín ha expresado esta irradiación constitutiva de las esencias desde el Verbo de Dios como "*Luz*", que no es tomada en sentido material sino espiritual, como equivalente al Acto del Ser o Verdad. En tal sentido el Verbo de Dios es verdaderamente Luz -"*Luz de Luz*"-, Luz esencial e infinita por irradiación o participación de la Cual son todas las demás luces o verdades o actos, que anidan en lo más íntimo de las cosas y constituyen su esencia

inteligible. Y con toda su fuerza metafísica o teológica lo ha expresado San Juan al comienzo de su Evangelio: *“En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la palabra era Dios (...). Por medio de la palabra se hizo todo y sin Ella no se hizo nada de lo que se ha hecho”*.

En la palabra del ser inteligente, el mundo comienza a existir como de nuevo

Ya dijimos al principio que el Ser y la Palabra, identificados en Dios, irradian su Verdad y su Inteligencia en los seres participados del mundo y en el del propio hombre.

La Palabra dicha por Dios en las cosas materiales queda pronunciada en ellas y constituye su esencia o verdad, su inteligibilidad o luz que las ilumina y da sentido. Pero esta verdad queda oculta a sí misma; una verdad que no puede entenderse o decirse a sí misma, una verdad que no logra el acto de conciencia de sí.

Esa verdad o inteligibilidad está formulada en las cosas para constituir las en lo que ellas realmente son –su esencia– y está latente frente al ser inteligente, al ser en posesión del acto de la palabra, como al término al que está esencialmente ordenada a fin de que su acto oculto de verdad sea alcanzado y puesto patente en el acto del verbo consciente que lo dice.

La Palabra de Dios no solamente está pronunciada en cada ente sino en el conjunto de todos ellos, que es el mundo. De esta manera, el universo adquiere la fisonomía de una sinfonía, de un poema compuesto por Dios y dirigido al único ser que por su espíritu es capaz de escucharlo, de pronunciarlo y de cantarlo. De ahí que la palabra pronunciada por Dios en el hombre sea correlativa de la palabra pronunciada por Dios en las cosas: a la inteligibilidad de la realidad responde el entendimiento del hombre. Sólo éste es capaz de actualizar y dar vida a esa inteligibilidad en el acento de su verbo. La palabra dicha por Dios en las cosas recobra el sentido y la armonía y también la luz inicial de su origen en el acto de la palabra, que el hombre es el único capaz de pronunciar por su espíritu.

A ese mundo que está pronunciado y constituido por la inteligibilidad o verdad de esa palabra dicha en él, a ese mundo como esperanzado en que alguien le brinde acto y vida en su verdad –oculta en la opacidad de la materia– en el acto de la nueva palabra, le es correlativo el verbo o palabra consciente del ser espiritual, constituido también por la Palabra divina dicha en él; este ser con su acto confiere actualidad a aquella verdad pronunciada pero oculta y oscura en las cosas. Las cosas, con su verdad dicha que las constituye, comienzan como a ser de nuevo, a recobrar su presencia en la palabra humana que, al pronunciarlas, las acoge en la luz de su acto. La luz oculta en las cosas, participación de la Luz o Verdad en Acto de Dios, es actualizada en la luz del acto de la inteligencia o verbo del hombre.

Aquella unidad real de Ser o Verdad e Inteligencia del Acto infinito de Dios se rehace y se reencuentra, no ya de una manera real sino sólo intencional, en la inmanencia del acto del concepto o verbo del hombre. La verdad de las cosas, sumergida en la oscuridad de la materia y separada de la inteligencia, por un lado, y la inteligencia o palabra del hombre, no identificada realmente con el ser de las cosas, por el otro, están hechas la una para la

otra, porque en Dios están identificadas real y eminentemente. La verdad de las cosas se reencuentra y comienza a ser entendida en acto en el verbo o intelección humana: *intellectum in actu est intelligens in actu*, dice Santo Tomás; es decir, que el acto de entender, el sujeto inteligente y el objeto entendido son inmaterialmente lo mismo, coexisten en el mismo acto. Dicho de otro modo, la verdad del objeto entendido está presente en el acto de su verdad gracias al acto de la inteligencia que la aprehende como *obiectum* o verdad distinta del propio acto aprehendente. De este modo el ser o verdad de las cosas se des-oculta en el acto espiritual del verbo de la intelección humana y allí rehace, de una manera enteramente inmaterial o intencional, aquella identidad real de Ser y Pensar con que, de una manera real y eminente, existía en el Acto infinito de Dios.

Precisamente por su verbo espiritual, por su inteligencia, el hombre es capaz de devolver el acto a esa palabra sumergida en la potencia, de abstraer la forma o acto esencial de su materia individual cuantitativa, que es precisamente la que la sumerge en la oscuridad y en el silencio de la potencia. Mediante la acción abstractiva del acto enteramente inmaterial o espiritual de la inteligencia, libre de toda potencia material que la pueda oscurecer o silenciar, el ser o acto de la esencia, la forma, logra el acto de su verdad e inteligibilidad. La brasa aventa sus cenizas, el sonido recobra su sonoridad y la palabra dicha es nuevamente pronunciada.

Únicamente por la acción de la palabra espiritual de la inteligencia, por la abstracción de la materia que la oculta y la sumerge en la potencia, la forma o acto de la esencia es rescatada y logra ser acto en el acto que aquel verbo espiritual la pronuncia y le confiere una nueva existencia.

Por medio del conocimiento y de la palabra expresada por la inteligencia humana en el acto de entender, el hombre devuelve de algún modo las cosas a su modo de ser original en el seno del Creador, a *se esse nobilius* constitutivo, desbordante de sentido y despojado de sus reales limitaciones. Por eso, si las cosas pudieran tener un deseo, sería que nosotros las pensemos.

La palabra humana realizadora del ser cultural

La actuación inteligente y libre del hombre, que parte de la concepción de la palabra o verbo mental, constituye la cultura. La cultura es la continuación o el perfeccionamiento de la naturaleza creada por Dios mediante su palabra. Por ello, la creación humana o cultura no es sino el acrecentamiento del ser natural o la continuación de la palabra divina, constitutiva de las esencias y creadora de su ser o existencia. Mas como la creación humana es ante todo transformación y como la Palabra divina ha dado ya originalmente fundamento ontológico a todos los seres posibles, la grandeza del hombre también radica en su posibilidad de dar actualidad a la Palabra divina mediante su transformación creadora; en su capacidad, que es también mandato, de acrecentar el ser finito actualizando la Palabra divina con su propia palabra intelectual.

La palabra humana realizadora del ser cultural no sólo supone como *terminus a quo* el ser natural, sobre el cual se apoya para acrecentarlo en su perfección sino también como *terminus ad quem* de su acción cultural, el va-

lor o bien por realizar como fin que da sentido a esta actividad. Así como la acción cultural como causa eficiente necesita sostenerse sobre el ser naturalmente dado, ella también implica el *valor* como fin o causa final, que la determina y orienta en su intervención para que sea buena o auténticamente cultural. El valor es el *deber ser* impreso por Dios en las esencias mismas de las cosas, en su *palabra* dicha y constitutiva de las mismas, que no se agota en sus notas sino que señala las líneas de su proyección hacia una perfección ontológica de sí, líneas por las cuales el hombre debe orientar su actividad cultural sobre ella. En este sentido, toda palabra creadora humana, en los diferentes sectores de la cultura se sostiene ontológicamente de dos modos en la palabra divina, constitutiva de las esencias y creadora de la existencia; 1) porque supone y se apoya en ese ser natural, efecto de la palabra divina, sin el cual no podría ejercer su acción cultural perfeccionante en el mismo y 2) porque se realiza como bien o acrecentamiento del ser natural ajustándose a su deber-ser, sus exigencias esenciales, como proyección del ser creado o su perfección, es decir, a su valor que, en definitiva, no es sino la exigencia ontológica o deber-ser de la esencia o palabra divina que la constituye y configura en su ser. La palabra del hombre se presenta pues como una realización y continuación de la palabra divina.

El lenguaje, la obra maestra de la cultura

Precisamente por su palabra interior, que guía a la vez y da forma a la actividad libre, es decir, por la vida espiritual, el hombre es capaz de *cultura*, es capaz de trascender los objetos inmediatos individuales dados en el conocimiento sensible para alcanzar el ser trascendente y el ser immanente y es capaz también de superar el determinismo causal con su libertad; de esta forma, es capaz de proponerse nuevos bienes o fines en las cosas exteriores y su propia actividad espiritual y es capaz de realizarlos con el esfuerzo de su voluntad libre. La cultura es, en su fuente, siempre obra del espíritu; de la inteligencia y de la voluntad, incidiendo a través del cuerpo y de los instrumentos adoptados, sobre las cosas materiales o directamente sobre su propia actividad volitiva e intelectual para transformarlas y acrecentar en ellas el bien de lo naturalmente dado. La cultura es el bien con que el espíritu humano enriquece el bien natural de las cosas y del propio hombre.

Esta actividad creadora de bienes, propia de la cultura, constituye la *palabra técnica* o creadora de bienes útiles en la materia, o la *palabra artística*, creadora de la belleza en las cosas materiales, la *palabra moral* –y jurídica, económica, etc.–, transformadora y enriquecedora de la propia vida del espíritu en la libertad y en la propia inteligencia con la constitución de hábitos que las encauzan al bien y a la verdad respectivamente.

Pero hay un bien creado por la cultura del hombre, necesario para la elaboración de todos los bienes culturales, un producto de la cultura, que está presente y es indispensable para la actividad cultural en todas sus dimensiones, que es precisamente el *lenguaje*. La palabra hablada, escrita o expresada de cualquier otra forma es una creación del hombre para expresar precisamente su palabra interior, su verbo mental y su actividad libre informada y encauzada por esa palabra espiritual. La cultura es efecto de esta palabra

interior animada por la actividad libre, que toma forma en dicha palabra. Ahora bien, esta palabra, vivificada por la libertad e íntimamente unida a ella, creadora de la cultura, no podría franquear los límites de la inmanencia sin la encarnación de la *palabra hablada* y, consiguientemente, no podría transformar las cosas materiales con la técnica y el arte. Sólo mediante la palabra hablada o expresada, la palabra interior logra la eficacia sobre los objetos trascendentes materiales. Más aún, en las cosas transformadas por la técnica y el arte se comprenden la intención y la voluntad de la palabra interior con que han sido transformadas; la técnica y el arte son el *quasi-verbo* o *palabra exterior* que expresa la palabra interior, generadora originaria de las mismas.

En cuanto a la cultura moral, que enriquece la voluntad frente a sus pasiones con las virtudes morales, aparentemente no necesita la palabra exterior para su realización, porque se lleva a cabo por un mandato de la propia palabra interior; sin embargo, se ve que también en este caso es indispensable la palabra exterior, el lenguaje. Porque la cultura moral no puede realizarse plenamente por el propio esfuerzo individual o mandato de la palabra interior. El desarrollo normal de la actividad moral en los hombres requiere la *educación*, la intervención de los padres, del maestro, o de otros educadores –los libros, los medios informáticos, la televisión, etc.– y esta intervención de la educación y de los que la realizan no puede llegar a la palabra interior del educando, a mover su inteligencia y su voluntad interiores sino a través de la palabra hablada o del lenguaje. Toda la vida de relación, de familia, de sociedad política y de otros grupos sociales influyen en la vida moderna –para bien o para mal– desde lo exterior y, por ende, por el lenguaje o expresión externa de la palabra interior.

Otro tanto sucede con la cultura de la inteligencia, que consiste en el enriquecimiento de la vida intelectual con las virtudes que encaminan a ésta a la verdad, a través del raciocinio científico o filosófico, sin desviaciones hacia el error y sin titubeos o demoras, que pueden poner en peligro la rectitud del razonamiento hacia su fin, que es la verdad poseída con certeza. Sucede aquí lo mismo que con la actividad moral: los hábitos enriquecedores de la inteligencia, en los cuales consiste esta cultura estrictamente tal, no son posibles de adquirir normalmente, al menos de una manera eficaz y adecuada, sin la educación, sin el ejercicio controlado de la inteligencia para lograr la adquisición de tales virtudes. Y esta educación y repetición adecuada de los actos deben ser alcanzadas normalmente a través del lenguaje o expresión externa de los educadores. No hay desarrollo intelectual adecuado, y más en el alto nivel de la ciencia y la filosofía, sin la influencia exterior de los maestros y de los libros y otros medios, que implican el lenguaje y la expresión exterior. No hay cultura alguna sin el lenguaje.

El desarrollo del hombre en su vida interior moral e intelectual, su desarrollo físico y el incremento de las cosas por la técnica y el arte no podría realizarse ni existir sin el lenguaje exterior, que trasmite la palabra interior espiritual, creadora de la cultura, y la hace llegar a los objetos exteriores o a la propia actividad del hombre para llevar a cabo sus fines de transformación y enriquecimiento.

Conclusión

La creación del hombre es la cultura; y la creación del lenguaje es la obra fundamental de la cultura, ya que sin él no es posible la cultura misma en ninguno de sus niveles.

Mediante la palabra, derivada de su capacidad cognoscitiva que comienza a reponer en acto la esencia del ser material, el ser humano es capaz de llevar la Creación a su plenitud, de remitir las palabras esenciales a la Palabra creadora primordial; es, en suma, capaz de completar la obra creadora de Dios devolviéndola a su Creador.

Por eso, de toda creación humana, la palabra y el lenguaje son la creación más semejante a la Creación divina.

MONS. DR. OCTAVIO NICOLÁS DERISI
Universidad Católica Argentina